



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO
CENTRO DE ESTUDIOS EUGENIO PUCCIARELLI
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

BIOGRAFÍA DE JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR



Párrafos seleccionados del prefacio escrito por Delfina Varela Domínguez de Ghioldi al libro *Juan Crisóstomo Lafinur, Curso filosófico, dictado en Buenos Aires en 1819*, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1938.

Datos biográficos de Lafinur

Juan Crisóstomo Lafinur nació en el valle de la Carolina, provincia de San Luis, el 27 de enero de 1797. Con la creación del Virreinato del Plata, San Luis pasó a depender de la provincia de Tucumán. Administrativamente bajo la jurisdicción del gobernador de Córdoba.

Los padres de Lafinur, don Luis Lafinur –español- y doña Bibiana Pinedo de Montenegro- natural de Córdoba del Tucumán – llegaron a la Carolina atraídos por su fama minera. El oro de las arenas y los cerros había dado origen a una aldea progresista y densamente poblada.

A fines del siglo XVIII la Carolina tenía 50 casas bien construidas y un comercio muy activo. Las Invasiones Inglesas y la Revolución de Mayo paralizaron el laboreo en las minas puntanas. Muchos de los pobladores de la región debieron abandonarla, por su incorporación a los ejércitos de la patria. Por iguales motivos la familia Lafinur pasó a Córdoba.

En Córdoba Juan Crisóstomo ingresó en el Colegio Monserrat. En 1810 se inscribió como alumno de la Universidad. Fue designado bedel en premio a su aplicación y en mérito - quizá- a su pobreza. Cursaban iguales estudios que Lafinur, Juan Cruz Varela y Salvador María del Carril. Los tres habían de dirigir la campaña liberal democrática en los años que siguieron a la declaración de la independencia argentina.

La Universidad de Córdoba había sufrido una seria transformación ideológica. Gobernada 200 años por los jesuitas y 40 años por los franciscanos, pasó a manos del clero secular después de las Invasiones Inglesas. El virrey Liniers la entregó al deán Funes. Fue él quien, después de su viaje a Europa –donde se empapó de la filosofía de Port-Royal, los Enciclopedistas e Ideólogos franceses- emprendió una verdadera remoción de los estudios filosóficos y teológicos.

Se incorpora por entonces el dibujo, las matemáticas y el idioma francés a los estudios clásicos de la universidad. Se libra una verdadera campaña crítica contra la escolástica y sus planes docentes. Funes elabora un plan reformista para la Universidad en el que la Filosofía busca independizarse de la Teología y acercarse a las conquistas de la ciencia moderna. La filosofía moderna con Descartes y Bacon a la cabeza penetra, con el deán Funes, a las aulas cordobesas. La cultura humanística se sacude un tanto del dogma y las letras clásicas se ofrecen en un panorama espiritual más amplio que el señalado por los patrones tradicionalmente teológicos de la Colonia. En esta atmósfera intelectual hace su aprendizaje Lafinur. La Revolución de Mayo ha traído consigo la difusión de libros prohibidos: Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, Condorcet. Volney, etc. hacen las delicias de la juventud estudiosa. Juan Cruz Varela y Lafinur se ensayan como poetas y acumulan lecturas para su futura actividad liberal.

Lafinur cursó tres grados en la Universidad de Córdoba: bachiller, licenciado y maestro de Artes (Filosofía). Fue expulsado de la Universidad en 1814, sin cursar, pues, los tres grados siguientes de Teología. Había llegado a Córdoba el general Belgrano y Lafinur se le ofreció como soldado. En 1814 se incorporó al Ejército del Norte de Belgrano, siguiendo la política docente iniciada en el Consulado, había hecho crear una Academia

de Matemáticas en Tucumán, para la educación de sus oficiales y soldados. A ella acudió Lafinur. (La Academia fue dirigida por el francés Juan José Dauxion Lavaysse, ex soldado de Napoleón, emigrado a América con la caída del Imperio).

Lafinur permaneció en el Ejército del Norte hasta el 14 de septiembre de 1817, en que se aceptó su pedido de retiro. En 1818 aparece en el elemento intelectual de Buenos Aires.

Se vincula a la *Sociedad para el fomento del Buen Gusto en el Teatro*, creada bajo el apoyo del director Pueyrredón. Escribió composiciones musicales para acompañar al actor Morente en sus representaciones teatrales. Allí mismo se vinculó con Camilo Henríquez, ex sacerdote liberal chileno, periodista y autor teatral. Con él colaboraría, en el destierro, para la transformación político - social de Chile.

Como poeta, Lafinur entregó al periodismo porteño de la época una abundante producción. Como periodista colaboró con Camilo Henríquez en *El Censor* y en *El Curioso* y con Pedro Feliciano de Cavia en *El Americano*. Su prédica se levanta siempre a favor de la organización liberal democrática del país.

Durante del directorio de Pueyrredón se realizó la apertura del Colegio de la Unión del Sud. El nuevo colegio venía a continuar el viejo San Carlos, fundado por Vértiz y que había casi desaparecido por los acontecimientos políticos de las Invasiones Inglesas y la Revolución de Mayo. Estaba vacante la cátedra de Filosofía y se llamó a concurso de oposición. Lafinur la obtuvo ante reputados contendores: Luis J de la Peña y Bernardo Vélez.

Ocupó la cátedra en 1819 y 1820 y debió abandonarla ante la apasionada oposición que contra ella se levantó. Lafinur se refugió en la *Sociedad Secreta Valeper*, desde donde siguió bregando por la transformación docente del país y por la secularización de sus estudios.

Lafinur dejó Buenos Aires en 1821, llamado probablemente por otra sociedad similar a la *Valeper* que funcionaba en Mendoza.

En el Colegio de la Santísima Trinidad –que reunía alumnos de Mendoza, San Juan y San Luis- Lafinur enseñó filosofía, literatura, música y francés. Su enseñanza reposó en los principios de la filosofía moderna que había enseñado en Buenos Aires.

Corrían los años de la reforma rivadaviana. A la enseñanza impartida por la Universidad de Buenos Aires, el Colegio de Mendoza hacía eco prolongado con Güiráldez y Lafinur a la cabeza. El gobernador de Mendoza Pedro Molina y su ministro Videla hacían otro tanto en las esferas político- sociales. En la Sociedad Lancasteriana de Mendoza pudo Lafinur defender los principios filosóficos que impartía en las aulas. Pero, nuevamente, se despertó una airada oposición clerical.

En cuanto cayó el gobierno que lo sostenía, Lorenzo Güiráldez y Lafinur fueron expulsados del colegio. Lafinur debió pasar al destierro. Pagó con el exilio su convicción filosófica.

Se estableció en Chile en 1822. Al lado de Camilo Henríquez y de sus compatriotas Gabriel Ocampo y Bernardo Vera, pudo retomar los libros y las ideas filosóficas.

En la Universidad de San Felipe se graduó en derecho civil y en 1823 empezó a trabajar de abogado en sociedad con Vera.

También se vinculó al periodismo chileno.

Se casó con Eulogia Nieto, de la sociedad de Santiago de Chile, en 1823. Pocos habían de ser los días de ventura personal en aquella vida agitada y fugaz. Murió Lafinur a los 27 años, el 13 de agosto de 1824.

(...)

Desarrollo de la Ideología en la Argentina

La Ideología se mantuvo veintitrés años en nuestras aulas de filosofía. Su enseñanza se desarrolla desde 1819 hasta 1842. La inicia Lafinur, la continúa Manuel Fernández de Agüero y la cierra su más alto representante, don Diego Alcorta.

La Ideología tuvo, entre nosotros, un largo período precursor. Durante él se mantuvo fuera de las aulas pero ganó –poco a poco- la convicción de los argentinos.

(...)

La cultura colonial empezó en los últimos años del siglo XVIII a ceder paso a la filosofía moderna. Los argentinos de fines de la Colonia no pudieron sustraerse a esta influencia de la filosofía liberal francesa y española.

Fácil es comprender que la dialéctica, el silogismo y el método de investigación puramente deductivo no podían satisfacer –a fines del siglo XVIII- la curiosidad intelectual de los americanos. La inducción y el método experimental de la ciencia, propalados por el Renacimiento y enriquecidos por el caudal filosófico de los siglos XVII y XVIII, golpeaban cada vez más fuerte a las puertas de las colonias hispánicas de América.

Córdoba intentó la defensa del patrimonio católico. Pero Buenos Aires, sin el peso de una tradición teológica secular, dejó pasar en contrabando nuevas razas, nuevas religiones, nuevos regímenes políticos, nuevas ideas.

El país había sido empujado a tanto por causas internas y por la fuerza expansiva de las revoluciones norteamericanas y francesa. La expulsión de los Jesuitas, la erección de Buenos Aires en capital de un virreinato independiente del Perú –con sus consecuencias económicas y culturales- las fundaciones docentes de Belgrano como secretario del Consulado, la creación de la Escuela de Medicina con las enseñanzas científicas de O’Gorman, Fravre y Argerich, la aparición del teatro, el desarrollo del periodismo fisiocrático al comenzar el siglo XIX, crean un estado de ánimo propicio para el desarrollo de la filosofía moderna en el Plata.

Tocó a la Revolución de Mayo expresarse en términos de la filosofía francesa de los Enciclopedistas. El secretario de la Primera Junta, Mariano Moreno, se puede decir que la oficializa. La prensa revolucionaria la divulga. La filosofía política de la Enciclopedia anima *La Gaceta*, los decretos reglamentarios de la Primera Junta, las discusiones de los clubes políticos, los cuchicheos de salón, el rumor callejero.

Aun antes del 25 de mayo de 1810, ya se perfilaba esta nueva postura filosófica. Basada en ella, la Revolución de Mayo, con la mente alejada de la Teología colonial, busca afanosamente echar –con cautela y tolerancia– las bases de una vida nacional secularizada. Con una doctrina jurídico–social afianzada en principios racionales, quiere alcanzar, por un lado, la Independencia, por otro, la estructuración de instituciones democráticas.

En lo que se refiere a la independencia, todos los argentinos coincidían. En cuanto a las instituciones, los criterios se dividían. Había una gran masa de población dispuesta a seguir a los gestores liberales de la Revolución: pero el resto, que constituía la mayoría, resistía todos aquellos principios que socavaban la tradición hispánica.

Así debieron enfrentarse dos órdenes de ideas: el pensamiento teológico de la Colonia y el crítico –racional que la Revolución quería inculcar. Y ocurrió que mientras la filosofía política de la Revolución fue abriendo hondo cauce, las aulas permanecieron más o menos en los senderos de la tradición colonial. Es ello perfectamente explicable entre nosotros: pocos argentinos llegaron a la Revolución con la pasión por el saber popular. La enseñanza no fue lo primero en atenderse. Muy pocos eran los hombres que podían ocuparse del problema de la cultura pública democrática que la Revolución postulaba. Moreno hubiera podido hacer mucho. Dificultades de toda índole se lo impidieron. Por largos años debió la Revolución luchar contra múltiples obstáculos en el orden de la enseñanza: falta de presupuestos escolares, edificios, maestros, textos, elementos de trabajo, etc. La Revolución comenzó prometiendo escuelas, profesores extranjeros y laboratorios científicos. Traía, al menos, un nuevo plan educacional. Las campañas de la Independencia postergaron su realización. La defensa externa– que llamaba por todos lados– y la interna– que se gastaba en ensayos institucionales– no deban tiempo ni dinero para realizar el problema de la enseñanza. El viejo Colegio San Carlos– convertido en cuartel desde las Invasiones Inglesas, luchaba por mantenerse con algunas aulas. El prestigio de los presbíteros Achega, Francisco Planes y Alejo Villegas lo salvaban de la clausura.

En tales circunstancias la enseñanza debía seguir con atraso a la Revolución y quedar en deuda con las aspiraciones cívicas que ella iba creando. Es de comprender el esfuerzo realizado, entre tanto, por el viejo claustro colonial para conciliar ciertos estudios, que evidentemente decaían, con la pertinaz prédica callejera que criticaba sin cesar las tesis escolásticas. El cuerpo docente de esos claustros no podía –pese a su buena voluntad– entregarse a la ciencia pura y aplicada de que hablaban los decretos de la Revolución.

Con la llegada de Rivadavia al triunvirato creyó poder emprender la renovación de los estudios públicos. Pero esta vez, como las anteriores, las encrucijadas políticas de la Revolución postergaron la reforma docente para tiempos más propicios.

Sólo el Directorio de Pueyrredón pudo realizar una vasta reforma educacional. Declarada la Independencia, se volvió a pensar en los estudios públicos. Pueyrredón

restauró el viejo Colegio Carolino, con el nombre de Colegio de la Unión del Sud. El plan de estudios era de una marcada orientación dogmática. La novedad estuvo en la aparición de Lafinur en el aula de Filosofía.

Esta disciplina no había salido nunca de las manos del clero. Fue enseñada siempre en latín y según los principios tradicionales de la Escolástica.

Cualquier manuscrito anterior a las enseñanzas de Lafinur nos muestra un sentimiento de oposición contra el Renacimiento y el espíritu de la ciencia y la filosofía modernas. Los nombres de Descartes, Bacon, Locke, Galileo, Newton son llevados a las aulas coloniales para polemizar contra ellos. Matices variadísimos hay entre los Jesuitas y los Franciscanos, de éstos al deán Funes y al Colegio Carolino, pero siempre ha de comprobarse el divorcio activo con el pensamiento científico y filosófico post-renacentista.

La enseñanza impartida en Buenos Aires, durante la Colonia, se liga evidentemente a un ambiente más liberal que el del resto del país, pero no alcanza a desprenderse de la vieja tradición. Antes de que Lafinur enseñara en Buenos Aires, ocuparon las aulas de filosofía presbíteros del prestigio de Juanazaras, Luis Chorroarín, Diego Estanislao Zavaleta, Valentín Gómez, Francisco Planes, Domingo Victorio Achega y Alejo Villegas.

Lafinur vino tras ellos a romper los hilos de una apretada trama teológica. Fue el primer laico que ganó la cátedra de filosofía en el país. Se apartó de la tradición secular de enseñarla en latín. Lafinur habló en castellano y discurrió con el vocabulario filosófico moderno.

Siguiendo a los filósofos de la naturaleza buscó familiarizar al pensamiento criollo con la ciencia y la filosofía europeas.

(...)

A él le tocó hacer como una presentación en los escenarios nacionales de Copérnico, Galileo, Kepler y Newton. Suscita una adhesión fervorosa al cálculo y a la física matemática. Si se muestra superficial en el manejo y solución de ciertos problemas, revela siempre estar empapado del sentido crítico y renovador de la filosofía que profesa. Tiene el gran mérito de haber señalado –en un ambiente un tanto indiferente al tema– el valor cultural de las ciencias físico- matemáticas y en haberlas recomendado a la consideración pública argentina como elemento civilizador de la nueva nación. Su enseñanza fue precursora de la que, más tarde, se daría en la Universidad de Buenos Aires.

Lafinur sacó materia para su curso filosófico de Cabanis y Destutt de Tracy. Siguiendo a este último llama Ideología a la ciencia de las ideas.

La Ideología, dice, es más que la Lógica porque aparte de averiguar el origen de las ideas y sus formas de expresión, debe ser una ciencia especulativa que nos lleve hasta los criterios de certidumbre. Al disertar acerca del origen de las ideas se inclina, con marcada preferencia, a las doctrinas de Locke y Condillac. En no pocos pasajes del manuscrito, Lafinur acusa familiaridad con el sensualismo filosófico de Condillac. Como poseía un correcto francés, es probable que haya hecho lecturas directas. Las

obras del abate filósofo *Essais sur les Principes des connaissances humaines* y *Traité des sensations*- fueron de las primeras en burlar las trabas intelectuales de la Colonia y de las más difundidas en el pensamiento revolucionario argentino.

El mundo sobrenatural, que daba tanta materia filosófica para las aulas coloniales, quedó fuera del campo de exposición de Lafinur. Consecuente con la filosofía que profesa, afirma que la vida del hombre vale en la medida de su capacidad de convivir en la naturaleza, con sus semejantes. De aquí parten los deberes del hombre, dice; de allí también, sus derechos. Como los Ideólogos, Lafinur acepta bases naturales para la Moral y el Derecho.

Sus argumentos acerca de la justicia, el deber, el derecho y la libertad ciudadana debieron ser tomados directamente de Rousseau. Para esos años, el *Contrato Social* era ampliamente conocido en todo el país. La idea de justicia- dice Lafinur- se funda, como las del deber y del derecho, en las convenciones tácitas o expresas de la vida en sociedad. Era apartarse de las formas de comprensión y de expresión de la Colonia, en que invariablemente se aceptó el criterio de la justicia divina.

Lafinur ensaya también una escala de bienes y valores. Materiales unos, espirituales otros. A poco andar, declara que el bien máximo del hombre es su libertad. Quisiera levantar un himno- dice- al primero de los bienes de la naturaleza sensible. Agrega conceptos sobre la opresión y la violencia. Fustiga a ésta con la pasión con que enaltece a la libertad. Los bienes y los valores humanos, agrega, son relativos y no absolutos. Parten de las necesidades individuales y de la especie.

En cuanto a la doctrina de las facultades de la inteligencia, Lafinur se liga fuertemente a la escuela psicológica de los Ideólogos. Como Cabanis y de Tracy, nos habla del método del análisis, de elementos y de “leyes de asociación”, tanto para lo físico como para lo moral del hombre. Es el esfuerzo mecanicista del siglo XVIII para resolver con una ley unitaria –a manera de Newton- todos los problemas que se refieren al alma humana.

Sobre el principio de la perfectibilidad del hombre, de su inteligencia y de sus instituciones, se esperaba levantar una nueva Ética, un nuevo Derecho y una nueva Religión. Lafinur recoge la prédica, con no poco entusiasmo juvenil. Es preciso recordar que le tocó expresarse sobre dominios del saber no bien delimitados aún. La Psicología, la Lógica, la Ética y el Derecho no constituían ciencias particulares. Precisamente una de las características salientes del siglo XVIII es su esfuerzo crítico por sustraerlas de los dominios metafísicos y teológicos y hacer de ellas ciencias de lo físico, natural y exacto. Las lecciones de Lafinur significan un esfuerzo tenaz por incorporar esa atmósfera mental al acervo filosófico de su patria. Al tratar sobre el yo y los fenómenos de “conciencia”, realiza un fuerte empeño por sustraerlas de la esfera de las formas sustanciales. Pone el “yo” y la “conciencia” en su mundo concreto, fenoménico. Más tarde invalida su propia doctrina al sentar los principios de la inmortalidad del alma.

En esta materia, su temperamento lo ata a la tradición de la Colonia. Lafinur se decide por la inmortalidad del alma. El dogma de la inmortalidad, dice, pasa lo probable. Tenemos de ella la certidumbre más completa. Es también la influencia decisiva de Descartes sobre la filosofía moderna. Sus dualismos - existencia y esencia, materia extensa y pensamiento y alma- se trasladan al Plata.

Substancia corpórea y sustancia espiritual son los términos de Lafinur. No hemos de exigirle que supere ese dualismo cuando ya es grande el esfuerzo que hace por repetirlo. Alejandro Korn ha señalado el eclecticismo filosófico de Lafinur y el giro metafísico que dio a la Ideología nacional.

Uno de los capítulos inéditos del manuscrito, y que las notas señalan, nos pone ante un esfuerzo plausible –el primero realizado en el país- por derivar del conocimiento del hombre una doctrina moral de sus pasiones.

Como sus inspiradores inmediatos, Cabanis y Destutt de Tracy- Lafinur no se conforma con la teoría del hombre físico. El hombre, dice, no es solamente un ser indiferente que piensa y siente. Por encima del hombre físico se levanta el hombre moral, con pasiones y acciones en relación con los otros seres.

Este hombre que quiere y puede porque está dotado de voluntad y libertad, encierra un sentido ético que Lafinur quisiera revelar a las mentes de su patria. El fiscal de su curso es de absoluta confianza en la capacidad moral del hombre. Su punto fijo de llegada es el mundo de la conducta humana. La vida puramente animal queda en los bajos fondos de la escala que recorre el hombre. Es en este capítulo donde más nítido aparece el empeño de Lafinur por conducir la mente argentina hacia una vida nacional de perfección y destino ético.

Analiza las bases orgánicas de la personalidad humana y, con honda preocupación ética y ciudadana, se expresa sobre la razón de ser de la libertad y de la responsabilidad del hombre. Desea que una buena organización político- social las ponga, en su país, a buen recaudo. En su Ética naturalista, Lafinur niega una existencia fuera de su inteligencia y voluntad. De las formas de sentir y pensar del hombre, dice, derivan sus pasiones y sus acciones. Como ser físico, el hombre es un autómatas. Obedece mecánicamente a sus instintos, a sus deseos, a los llamados de la naturaleza. Pero como ser moral, el hombre es autónomo. En rebeldía, agrega, se maneja a sí mismo y a la naturaleza. Todo queda aprisionado en las formas de su pensar y de su voluntad soberanos. El hombre es moralmente responsable de sus deseos y necesidades naturales. Lo es, también, ante sus propios semejantes.

Ofrece Lafinur una Ética que si se sustrae a las sanciones del más allá, no elude las derivadas de su propia conciencia, ni las sanciones de la convivencia humana. En el primer esfuerzo orgánico realizado en el país por sentar las bases de una moral laica. Lafinur prologa la empresa cultural del espíritu liberal argentino, expresado por Rivadavia primero, por Sarmiento después.

En materia religiosa Lafinur se inclina al deísmo racionalista. Se excluye del grupo ateo, aunque, acusado de tal, deba abandonar las aulas de su patria. No rechaza la idea de Dios. La afirma afanosamente, como sostén racional del sistema filosófico levantado. Lafinur desarrolla el problema con acentuado y personal espiritualismo. En apoyo de sus tesis no cita a las autoridades tradicionales: Aristóteles, Santo Tomás. Francisco Suárez. Por lo contrario, Lafinur se ha propuesto familiarizar al pensamiento argentino con corrientes de pensamiento que consideran a la Filosofía emancipada de la Religión.

(...)

.Dios - repite Lafinur con los racionalistas- es el motor eterno, la inteligencia suprema, causa de las causas que encadena el sistema mecánicamente racional del Universo. Dios debe ser una de las causas racionales que conocemos, agrega.

El Dios que presenta Lafinur en su aula de Ideología no es el Dios de la fe sentida, sino el de la razón demostrada. De ahí partió su desinteligencia con los tradicionalistas, que levantaron contra su enseñanza la campaña de oposición que lo llevó al destierro.

Lafinur sitúa a Dios en el sistema de la naturaleza. Es inmanente a ella, como causa racional de todo proceso natural analizado. El sentimiento religioso, patrimonio de la criatura humana, nace como el resto de las ideas, sentimientos y voliciones de la sensibilidad. No olvidemos que se trata de una escuela filosófica que quiere- con la Fisiología como guía- sustraer la vida y la muerte de las esferas metafísicas y situarlas en el campo físico de los fenómenos naturales.

De su concepción naturalista de Dios, la Religión y el sentimiento religioso desprende los postulados defensivos de la libertad espiritual del hombre. Brega –en Buenos Aires, Mendoza y Chile- por una legislación erigida sobre la libertad de conciencia y sobre la libertad de cultos. Lafinur realizó desde el aula una labor precursora de la reforma de Rivadavia. Después la apoyó desde Mendoza y Chile.

Lafinur fue un protagonista agitado y desafortunado, como todo precursor, para quien son siempre los mayores escollos.